

# G. E. Moore y la justificación de las creencias cotidianas

STELLA VILLARMEA

## 1. INTRODUCCION HISTÓRICA: MOORE VS. HUSSERL

En nuestros días, es corriente escuchar en los círculos filosóficos diversas menciones a la separación entre lo que ha venido a llamarse «filosofía continental» y «filosofía analítica». Aunque es cierto que ambas tradiciones investigan de un modo más o menos independiente, mucho puede y debe decirse sobre esta supuesta distinción de problemas y tratamientos filosóficos. Por una parte, las caracterizaciones de una u otra postura incurren demasiado a menudo en simplificaciones oscurecedoras, y olvidan importantes condicionantes históricos, políticos o, incluso, editoriales. Por otra parte, no siempre resulta fácil entender las razones *filosóficas* que apoyan la distinción entre esas dos corrientes. Por estos motivos, la investigación acerca de las diferencias y similitudes entre la filosofía continental y la analítica abre un campo enormemente atractivo, al que este artículo pretende contribuir.

A comienzos de este siglo y, por tanto, antes de que tuviera lugar la separación entre la filosofía continental y la analítica, los filósofos del momento compartían muchas de sus preocupaciones. Era posible entonces un diálogo fructífero entre pensadores que posteriormente serían clasificados como perteneciendo exclusivamente a una de esas dos tradiciones. De aquel intercambio de pareceres, resulta interesante destacar algunos detalles acerca de la relación entre la escuela de Cambridge y la fenomenológica (Künne 1990).

George Edward Moore, profesor reputado en Cambridge e impulsor del giro analítico, conocía las investigaciones de Franz Brentano, uno de los padres de la escuela fenomenológica. Prueba de ello es la reseña favorable que Moore escribió al libro de Brentano *Vom Ursprung sittlicher Erkenntnis* (Moore 1903a). Moore también estaba al corriente de parte de la obra de Edmund Husserl. En particular, había tenido ocasión de comentar indirectamente sus *Investigaciones*

*Lógicas*, al reseñar el libro de Messer *Empfindung und Denken* (Moore 1910). La obra de Messer constituye, al menos en los aspectos comentados en la reseña, un resumen fiel de *Investigaciones Lógicas*, especialmente de la quinta investigación titulada «Sobre las vivencias intencionales y sus “contenidos”». A pesar de que su reseña desarrollaba una crítica a las ideas husserlianas expuestas por Messer, Moore se sentía atraído por la perspectiva adoptada por Husserl y compartía muchas de sus tesis. De hecho, un año antes de la publicación de la reseña, Moore había publicado un artículo en la misma línea conceptual, titulado «*The Subject Matter of Psychology*» (Moore 1909a). Las reseñas de Moore a los libros de Brentano y Messer constituyen, como señala Wolfgang Küne, un dato histórico importante:

«Estos dos artículos contienen la reacción completa por parte de la primera generación de filósofos analíticos de Cambridge a lo que llegaría a ser, durante algunas décadas, el movimiento filosófico más influyente del continente [la fenomenología]» (Küne 1990, 105).

Ahora bien, el relativo acercamiento entre las posturas de Moore y de Husserl que muestran estas reseñas no se prolongó más allá de *Investigaciones Lógicas*. En particular, Moore nunca aceptó el idealismo por el que Husserl se decantaría posteriormente. Moore, que había sido idealista en su juventud, en seguida adoptó una actitud muy crítica respecto a esta tesis filosófica. Sus argumentos aparecen expuestos de manera contundente en uno de sus primeros escritos, «*The Refutation of Idealism*» (Moore 1903b). La influencia que este artículo tuvo en el desarrollo de la filosofía analítica posterior fue notable.

Un comentario de Boyce Gibson, traductor de *Ideas I* al inglés, confirma la desazón que el idealismo husserliano provocaba en Moore. Durante su visita a Husserl en Friburgo en 1928, Gibson escribió en su diario: «Moore admiraba *Investigaciones Lógicas*, pero no tragaba *Ideas*» (Küne 1990, 104). Desde esta perspectiva, el idealismo fue una de las causas del alejamiento entre la escuela de Cambridge y la fenomenológica:

«En junio de 1922 Husserl impartió cuatro lecciones bajo el título *Phänomenologische Methode und phänomenologische Philosophie* en el *University College* de Londres. Cuando Husserl dio su última lección, Moore ya era rector. ... Estoy seguro de que Moore no pudo digerir esas lecciones. Los días en que Moore y Husserl podrían haber tenido una discusión filosóficamente interesante quedaban definitivamente atrás. El encuentro de Londres pertenece ya a lo que ha venido en llamarse “La Separación Analítica-Continental”» (Küne 1990, 113-114).

Sirvan estos comentarios históricos como introducción al tema del siguiente ensayo. En mi opinión, una de las áreas en la que mejor se puede apreciar la radical diferencia de planteamiento entre la filosofía analítica y la fenomenológica

lógica, es en la discusión en torno a la justificación de nuestras creencias cotidianas. En este artículo, trataré de presentar los pasos fundamentales de la argumentación de Moore en relación con este tema. En cualquier caso, mi intención no es tanto analizar con profundidad el éxito o el fracaso de la estrategia de Moore, como trazar el esquema general de su planteamiento, de manera que se ilumine, por contraste, la aproximación que al mismo problema realizó Husserl.

## 2. UNA APROXIMACIÓN ORIGINAL A LA JUSTIFICACIÓN DE NUESTRAS CREENCIAS COTIDIANAS

El proyecto epistemológico de G. E. Moore se articula en torno al siguiente objetivo: mostrar la validez de las creencias cotidianas frente a las afirmaciones escépticas. Con el apelativo de «creencias cotidianas» me refiero a todas aquellas creencias que la mayoría de nosotros sostenemos en la vida diaria y que utilizamos continuamente, de modo consciente o velado, en las cadenas de razonamientos de las cuales dependen nuestras acciones. Estas creencias pueden variar según el contexto, de tal manera que, para mí en este momento, funcionan como creencias cotidianas, por ejemplo, «Soy una mujer española que está sentada escribiendo», «Ahora es verano y hace un calor horroroso», o «No hay nadie en la calle». En cualquier caso, también se consideran creencias cotidianas sus equivalentes de tipo más general como, por ejemplo, «Tengo un cuerpo», «Hay un mundo exterior» o «Existen otras personas».

A la hora de abordar el tema de la justificación de este tipo de creencias, resulta curioso observar la discrepancia que existe cuando se comparan contextos distintos de discusión. Así, si bien en el ámbito cotidiano solemos pensar que este tipo de creencias están justificadas, no ocurre lo mismo en el ámbito filosófico, en donde su justificación se ha puesto a menudo en duda. Muchas de las reflexiones filosóficas olvidan esta discrepancia. Lo que caracteriza de la honradez intelectual de Moore es su negativa a rehuir el problema y su intención de coger el toro por los cuernos. Tras encarar la disyuntiva, Moore se decanta por la validez epistemológica de las creencias cotidianas y pone toda su reflexión filosófica al servicio de esta validez.

La preocupación de Moore por la justificación de nuestras creencias cotidianas está presente ya en el inicio de su carrera filosófica, en particular en el denso y largo «*The Nature and Reality of Objects of Perception*» (Moore 1905). La bibliografía secundaria sobre Moore no suele reparar en este escrito. Esto constituye, a mi entender, un error, puesto que el artículo contiene claves importantísimas para entender el desarrollo posterior de su teoría. En este artículo, Moore reflexiona acerca de dos estrategias de justificación de nuestras creencias cotidianas completamente distintas. Veamos a continuación en qué consiste cada una de ellas, así como los resultados que alumbran.

## 2.1. Primera estrategia de justificación

La primera estrategia que Moore analiza consiste en intentar encontrar una proposición que sirva como razón para justificar nuestra creencia en la proposición que afirma la existencia del mundo. En este artículo, Moore sugiere que la única proposición que puede servir como justificación, es «Existen los contenidos sensibles»:

«Si nuestra propia observación nos ofrece alguna razón para creer en la existencia de personas, es porque debemos asumir la existencia, no sólo de nuestras propias percepciones, pensamientos o sentimientos, sino también de, al menos, algunos de los ... llamados "contenidos sensibles". Tenemos que asumir que algunos de estos contenidos sensibles existen, precisamente en el mismo sentido en que asumimos que nuestras percepciones, pensamientos o sentimientos existen» (Moore 1905, 79).

Obviamente, la validez de esta tesis depende de cómo se entienda la noción de «contenidos sensibles». De ahí que resulte extraño que en este artículo no se detenga Moore a explicar esta noción clave. No cabe duda de que la ausencia de una definición precisa es una grave deficiencia de este artículo.

El problema es que, cuando acudimos a otros textos, tampoco encontramos descripciones demasiado iluminadoras de esta noción. Probablemente, es en su «*Reply to my Critics*» (Schilpp 1952, 683) donde Moore nos ofrece su caracterización más técnica de la expresión «*sense-datum*». Allí, usando ejemplos de post-imágenes, mantiene que el objeto de una percepción directa es, por definición, un «*sense-datum*». Mediante esta definición, sin embargo, Moore no hace sino trasladar el problema, puesto que en ningún momento de su obra logra ofrecernos una explicación detallada de qué entiende por «percepción directa» que no esté basada a su vez en la noción de «*sense-datum*». Su argumentación permanece, por lo tanto, en punto muerto. En último término, Moore intenta evitar el problema de la definición de los datos sensibles mediante la apelación a ejemplos de percepción directa:

«La manera en que Moore rompe el círculo de decir que los datos de los sentidos son lo que percibimos directamente y que lo que percibimos directamente son datos de los sentidos, es darnos ejemplos de lo que él considera que son casos ordinarios, directos y no sujetos a ambigüedad de percepción directa» (O'Connor 1982, 89).

No obstante, a pesar de las insuficiencias de sus explicaciones, creo que es posible reconstruir la intención de Moore si tenemos en cuenta las conclusiones a las que había llegado al comienzo de su carrera. Así, al seguir la estela de «*The Refutation of Idealism*», nos damos cuenta de que todo su afán es intentar distinguir dos tipos de cosas. Por una parte, aquellos objetos cuya existencia es inde-

pendiente de su percepción, como, por ejemplo, las macetas o los coches. Por otra, aquellos objetos cuya existencia depende de su percepción, como, por ejemplo, las ideas, las post-imágenes, los deseos o los dolores. Entre estos últimos habría que situar también a los contenidos sensibles.

Desde luego, una discusión más pormenorizada acerca de la noción que Moore utiliza de «datos de los sentidos» sería imprescindible tanto para entender su teoría de la percepción, como para determinar el alcance de su realismo. Sin embargo, las consideraciones anteriores son suficientes para proseguir con la línea principal de este ensayo, es decir, para mostrar el esquema general de la argumentación de Moore acerca de la justificación de las creencias cotidianas.

Recordemos ahora el punto en el que estábamos. Moore había dicho que la única razón que podíamos aportar en favor de nuestra creencia en la existencia del mundo, era la existencia de los contenidos sensibles. El problema fundamental con el que nos topamos es, según Moore, que la observación no nos permite en modo alguno confirmar la existencia de los datos sensibles. Dicho de otra manera, no tenemos ningún motivo para creer que todas las cualidades que observamos, existen en el lugar donde las percibimos. La tesis de que la existencia de las cualidades sensibles es independiente de su observación no es sino una consecuencia más de su rechazo al idealismo.

Así pues, sostiene Moore, la proposición «Existen los contenidos sensibles» no puede ser afirmada, sino que sólo puede introducirse a modo de hipótesis. Pero, si es imposible afirmar la proposición «Existen los datos sensibles» y si ésta es la única proposición que puede servir como justificación de nuestra creencia en el mundo exterior, entonces no estamos justificados en creer en la existencia del mundo. Con este resultado en su haber, Moore concluye que la primera estrategia de justificación de nuestras creencias cotidianas termina en fracaso.

## 2.2. Segunda estrategia de justificación

El fracaso de la primera estrategia lleva a Moore a emprender una aproximación completamente distinta al problema de la justificación de nuestras creencias cotidianas. Esta nueva estrategia la comienza a explorar en el artículo que venimos tratando y la desarrollará posteriormente a lo largo de su carrera. Los intérpretes de Moore suelen concentrarse en esos artículos posteriores, sin darse cuenta de que es la argumentación de este artículo inicial la que explica la necesidad de plantear las cosas de otra manera. Veamos, pues, en qué consiste su originalidad.

La segunda estrategia de justificación consiste en intentar encontrar una proposición que sirva de razón y justifique la *negación* de la proposición que afirma la existencia del mundo. Con este nuevo planteamiento, Moore abandona las pesquisas para encontrar una razón para *afirmar* la existencia del mundo, a base

de confirmar que, por ejemplo, los datos sensibles *existen*. El objetivo ahora es averiguar si existe una razón para *negar* la existencia del mundo. Para ello, Moore se aplica a la tarea de analizar si tiene sentido suponer que los datos sensibles *no existen*. Este cambio de perspectiva puede apreciarse en la siguiente cita:

«¿Hay alguna razón para pensar que *ninguno* de los colores que percibo como ocupando áreas de cierto tamaño y forma, existen realmente en las áreas que parecen ocupar?» (Moore 1905, 90).

Pues bien, su conclusión a este respecto es que no es posible encontrar razones que justifiquen la duda acerca de los datos sensibles. Esta tesis surge a raíz de su crítica a uno de los principales argumentos de la historia de la filosofía en contra de la existencia de los datos sensibles. Me refiero al conocido argumento que descansa en el supuesto de que dos clases de cosas no pueden existir al mismo tiempo en el mismo lugar. Este argumento había sido utilizado ya por Platón en *Teeteto* 152b, pero Moore se fija, en cambio, en la versión de este mismo argumento que Berkeley introduce en su primer diálogo entre Hylas y Filonús:

«Aunque la misma cantidad de agua *parezca* ser simultáneamente caliente y fría (si una de las manos que sumergimos está caliente y la otra fría), sin embargo, el calor y el frío no pueden *realmente* estar a la vez en la misma cantidad de agua» (Moore 1905, 92).

Este argumento había servido a Berkeley para argumentar que no existen los datos sensibles. Moore no está en absoluto de acuerdo con esta conclusión, y sostiene que el argumento sólo nos permite afirmar que *algunas* de las cualidades que percibimos no existen. Moore apoya esta afirmación diciendo que sólo tenemos razón para afirmar que algo no existe en el lugar en el que lo percibimos, si suponemos que ese mismo lugar está ocupado por otra cualidad:

«Creo que es claro que no tenemos razón para afirmar, en ningún caso, que un color percibido *no* existe realmente en el lugar en donde es percibido, *a menos* que asumamos que ese mismo lugar está ocupado por algo distinto —se trate *bien* de cualidades sensibles diferentes, *o bien* de objetos materiales del tipo supuesto por la ciencia física» (Moore 1905, 95).

El núcleo del argumento consiste en que, según Moore, para poder suponer que algunas de las cualidades sensibles que observamos no existen, debemos imaginar que existen otras que las sustituyen. Dicho rápidamente, algo debe ocupar el espacio que ellas dejan. Así pues, nuestras observaciones no nos ofrecen ningún motivo para creer que no existe ninguna cualidad sensible. El resultado general de estas reflexiones es que, si bien no podemos observar qué con-

tenidos sensibles existen, sí podemos afirmar que algunos contenidos sensibles existen. Pero, si no tenemos razones para negar la existencia de los contenidos sensibles en general, entonces no tenemos razones para negar la existencia del mundo exterior.

Como vemos, el objetivo que persigue Moore mediante esta segunda estrategia de argumentación es sostener indirectamente la existencia del mundo. Sólo si tenemos razones para dudar de la existencia de la realidad exterior, tiene sentido que dudemos de ella. Y, a la inversa, mientras no encontremos razones para dudar, nuestras creencias cotidianas no están amenazadas. Moore muestra que carecemos de razones para negar la existencia del mundo y, consiguientemente, que estamos justificados en afirmarla. De este modo, consigue trasladar el peso de la prueba al escéptico.

Por supuesto, una apreciación detallada de su postura exigiría abordar con mayor detenimiento las distintas cuestiones que han ido saliendo. Sin embargo, tal y como manifesté en la introducción, el objetivo de este ensayo no es evaluar críticamente su postura, sino describir los rasgos más significativos de su argumentación. En este sentido, espero que los párrafos anteriores nos hayan permitido comprender la manera cómo Moore hincó el diente a la cuestión de la justificación de nuestras creencias cotidianas en su artículo «*The Nature and Reality of Objects of Perception*».

Ahora bien, para que esta descripción de la postura epistemológica de Moore sea completa, es necesario aludir a otra sorprendente afirmación suya, a saber, la tesis de los grados de certeza.

### 3. LA TESIS DE LOS GRADOS DE CERTEZA

La segunda estrategia para justificar nuestras creencias cotidianas, expuesta en el párrafo anterior, está estrechamente ligada en Moore a su defensa de lo que llamaré la «tesis de los grados de certeza». Nuestro filósofo presta atención al hecho de que nuestras creencias se nos presenten con distintos grados de certeza, y proclama que su justificación está en función del grado de certeza que les acompaña. Dicho de otra manera, su epistemología se apoya, en último término, en el hecho de que, tanto él como todos nosotros, estamos más seguros de la verdad de ciertas proposiciones que de la verdad de otras.

El papel que la tesis de los grados de certeza tiene en los escritos de Moore, es fundamental a la hora de entender el modo como pretende refutar el escepticismo. En efecto, en numerosas ocasiones a lo largo de su carrera, Moore insiste en que estamos más seguros de nuestras creencias cotidianas que de cualquier duda escéptica que podamos plantearnos en torno a ellas. No es, pues, necesario establecer la certeza de nuestra creencia en la existencia de la realidad exterior, sino que sólo es necesario mostrar que esa creencia tiene un grado de certeza mayor que las dudas escépticas. La aplicación de la tesis de los grados de certe-

za para refutar el escepticismo queda claramente recogida en la siguiente cita, incluida en su artículo *«Some Judgements of Perception»*:

«Esto, después de todo, como saben, es un dedo: no hay ninguna duda acerca de ello. Yo lo sé, y todos ustedes lo saben. Y creo que podemos tranquilamente retar a cualquier filósofo para que presente algún argumento, en favor bien de la proposición que dice que nosotros no lo sabemos, bien de la proposición que dice que no es cierto, de tal modo que este argumento no descansa en alguna premisa que es, más allá de toda comparación, menos cierta que cualquiera de las proposiciones que pretende atacar» (Moore 1919, 228) (cursivas mías).

Como resultado de este tipo de argumentación, Moore afirma, de un lado, que nuestras creencias cotidianas no necesitan ser probadas y, de otro, que ningún argumento filosófico puede restarles validez. En este sentido, son enormemente reveladoras las siguientes declaraciones de su artículo *«Hume's Philosophy»*:

«La única prueba de que conocemos hechos externos reside en el simple hecho de que los conocemos. El escéptico puede, haciendo gala de una consistencia interna perfecta, negar que conoce ningún hecho externo. Pero creo que se puede mostrar que no tiene ninguna razón para negarlo. Y, en particular, creo que se puede ver fácilmente que los argumentos que Hume usa en favor de esta posición no son en absoluto concluyentes.

Para empezar, sus argumentos dependen en ambos casos de dos asunciones originales ... Y ambas asunciones pueden, por supuesto, ser negadas. Es tan fácil negarlas, como negar que conozco algún hecho externo. Y si esas dos asunciones condujeran realmente a la conclusión de que no puedo conocer ningún hecho externo, creo que sería adecuado negarlas. Podríamos considerar justamente el hecho de que conducen a esta conclusión absurda como lo que las refuta» (Moore 1909b, 160) (cursivas mías).

Las reflexiones anteriores muestran que la intención de Moore es refutar el escepticismo mediante su reducción al absurdo. Según él, el que la conclusión del argumento escéptico sea que mi mano no existe, es prueba suficiente de que algo anda mal en ese argumento. En definitiva, a partir de la estrategia de justificación indirecta y de la tesis de los grados de certeza, Moore puede concluir que no tenemos razones para dudar de nuestras creencias cotidianas, que estamos justificados en sostenerlas y, por tanto, que el escepticismo acerca de ellas no debe preocuparnos.

#### 4. REACCIÓN CRÍTICA

Como era de esperar, el recurso de Moore a la segunda estrategia de justificación y a la tesis de los grados de certeza originó numerosas críticas. Me inte-

resa destacar aquí especialmente las realizadas por Thompson Clarke (1972), Myles Burnyeat (1977) y Barry Stroud (1984), porque han marcado la pauta de acceso a la filosofía de Moore por parte de muchos otros pensadores de la tradición analítica y porque recogen un sentimiento bastante extendido hacia la filosofía de Moore. Según este tipo de lecturas, la postura de Moore constituye una manera ingenua y, por lo tanto, no filosófica, de deshacerse del escepticismo. En mi opinión, este tipo de críticas se basan en una interpretación simplista de los escritos de Moore, por lo que creo que debe ser revisada. Las razones de mi afirmación son las siguientes.

En primer lugar, no es cierto que Moore introduzca sus principales tesis epistemológicas *ad hoc* para librarse del escepticismo, a costa de incurrir en una petición de principio. Por el contrario, pienso que sus afirmaciones vienen avaladas por distintos razonamientos que pretenden mostrar cómo dichas tesis constituyen la única manera en que, tanto el epistemólogo como la persona no experta en cuestiones filosóficas, pueden justificar sus creencias cotidianas.

He intentado mostrar este punto al principio de este artículo, cuando explico cómo su elección de la segunda estrategia de justificación de nuestras creencias cotidianas viene motivada por el fracaso al que aboca la primera estrategia. Además, no es éste el único ejemplo que prueba que Moore no lanza sus tesis a la ligera, como pretenden sugerir sus críticos. Se puede mostrar que, en diversos momentos a lo largo de su carrera, Moore se preocupó por ofrecer razones que apoyaran su postura. Entre las razones que sugirió se encuentran, por ejemplo, su tesis de que saber una proposición no implica poder probarla (Moore 1939), su distinción entre aquello de lo que dudamos y aquello que es dudoso (Moore 1959a), o su análisis de la falacia cometida por el escéptico al utilizar la noción de posibilidad (Moore 1959b).

En segundo lugar, tampoco puede decirse que su postura sea ingenua, puesto que Moore fue consciente en todo momento de los problemas a los que se enfrentaba. Es verdad que la estrategia de justificación indirecta y la tesis de los grados de certeza reflejan lo más distintivo de su epistemología y recogen sus convicciones más íntimas. Sin embargo, tampoco se puede olvidar que la adhesión de Moore a ellas no estuvo libre de reparos.

Las vacilaciones de Moore respecto de la segunda estrategia de justificación y de la tesis de los grados de certeza han quedado reflejadas en sus escritos. Al principio de este ensayo he mencionado cómo en su escrito temprano, «*The Nature and Reality of Objects of Perception*», Moore había tenido en cuenta un tipo de aproximación distinta al tema de la justificación. También en alguno de sus escritos tardíos, como en «*Four Forms of Scepticism*» y en «*Certainty*», encontramos pruebas de que Moore es consciente de algunas de las consecuencias teóricas indeseables de su postura. En esos artículos aparecen, entre otras, algunas reflexiones acerca del problema de la metajustificación del criterio basado en los grados de certeza, del problema de la diferencia entre certeza subjetiva y certeza objetiva, y del problema de las limitaciones de la segunda estrategia.

Todas estas razones sugieren que las tesis que, según los intérpretes mencionados más arriba, Moore cree a pies juntillas, corresponden sobre todo a lo que podríamos llamar una época intermedia de su trayectoria filosófica. En realidad, si bien es cierto que Moore no llegó nunca a abandonar del todo su original aproximación al terreno de la justificación de nuestras creencias cotidianas, también es cierto que su adhesión nunca fue ciega. De ahí que cualquier discusión seria de su postura debería abordar el estudio de la evolución y matices de su teoría. Con estos comentarios, espero haber contribuido a evitar cualquier caracterización precipitada de su postura como filosóficamente ingenua.

## 5. CONCLUSIÓN

En el párrafo anterior, he defendido que Moore se dio cuenta de la gravedad de los problemas que presentaba su aproximación distintiva a la justificación de las creencias cotidianas. En mi opinión, fue el reconocimiento de las limitaciones de su postura, lo que le impidió mantenerse firme en la dirección que había emprendido. Por una parte, Moore pensaba que la tesis de los grados de certeza y la segunda estrategia de justificación eran no sólo caminos adecuados, sino los únicos posibles para alcanzar la justificación de nuestras creencias cotidianas. Por otra parte, sin embargo, se resistió a recorrer estos caminos hasta el final y nunca dejó de tantear exploraciones más clásicas. Como consecuencia de ello, el conjunto de su teoría encierra una importante incoherencia interna.

La ambigüedad de su planteamiento explica, por ejemplo, que mientras en «*A Defence of Common Sense*» (Moore 1925) sostiene que no es necesario probar que el punto de vista del sentido común es adecuado, en «*Proof of an External World*» (Moore 1939) se siente obligado, en cambio, a ofrecer una prueba de la existencia del mundo. Desde luego, es incompatible sostener que no hay razones para dudar de nuestras creencias cotidianas, al mismo tiempo que se intenta probar la existencia del mundo. Por flirtear con dos tipos de estrategias, Moore no pudo, o no supo, escapar de esta encerrona.

Este juego a dos bandas es, sin duda, uno de los puntos débiles de Moore. A mi entender, su proyecto epistemológico conserva toda su fuerza mientras se mantiene guiado por su intuición original, a saber, mientras lo lidera su confianza en la segunda estrategia de justificación y en la tesis de los grados de certeza. Pero, tan pronto como Moore olvida aquello que es novedoso en su aproximación, entonces es incapaz de cerrar la puerta al escepticismo.

A pesar del fracaso, en último término, de su postura, considero que el intento de Moore de validar nuestras creencias cotidianas merece todos nuestros respetos. Moore pertenece a esa tradición de pensamiento, representada paradigmáticamente por Hume, que reconoce la existencia de una falla entre la justificación de nuestras creencias en el ámbito cotidiano y la justificación de estas

creencias en el ámbito filosófico. Sin arredrarse por las dificultades, Moore nunca cejó en su empeño de privilegiar las creencias cotidianas frente a las conclusiones escépticas de determinadas actitudes filosóficas. En mi opinión, la característica más admirable de Moore reside en no haberse desprendido nunca de su yo cotidiano mientras filosofaba. En este sentido, el apelativo de «filósofo del sentido común», utilizado frecuentemente para designarle, se puede considerar un elogio.

Moore inaugura un nuevo sendero en la epistemología contemporánea. Su importancia consiste en comprender que la estrategia habitual en epistemología de encontrar una justificación apodíctica de las creencias, mediante la búsqueda de una razón que las apoye, no nos conduce muy lejos. Él fue el primer filósofo analítico en darse cuenta de que la única manera de vencer el escepticismo, reside en abordarlo desde una perspectiva diferente. Una perspectiva que, con un pie firme en las creencias cotidianas, construye a partir de ellas una teoría del conocimiento de características profundamente anti-escépticas. No necesitamos argumentar en favor de la confianza que tenemos en nuestras creencias. Sabemos que el mundo existe y no hemos de probarlo. Nuestra única preocupación en tanto que epistemólogos debería ser entender *qué* es el conocimiento, no *si* es posible. Este planteamiento resultaría enormemente atractivo para las generaciones posteriores de epistemólogos analíticos.

Las investigaciones fenomenológicas irían, en cambio, por otros derroteros. Moore nunca consideró filosóficamente adecuado poner en duda nuestras creencias cotidianas. Por el contrario, la obra idealista de Husserl exigía poner entre paréntesis las creencias del mundo de la vida y de la actitud natural. Su validez no podía darse por sentada, sino que había de deducirse a partir del descubrimiento de la fuente última de evidencias. Se comprende, pues, el abismo que media entre Moore y Husserl<sup>1</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- BALDWIN, T. 1990. «Moore and Philosophical Scepticism», en Bell, D. y Cooper, N. (eds.). *The Analytic Tradition.—Meaning, Thought and Knowledge*. Cambridge, MA: Blackwell, 117-136.
- BURNEYAT, M. 1977. «Examples in Epistemology: Socrates, Theaetetus and G. E. Moore»: *Philosophy* 52, 381-398.
- CABANCHIK, S. 1993. *El Revés de la Filosofía. Lenguaje y Escepticismo*. Buenos Aires: Biblos.
- CLARKE, T. 1972. «The Legacy of Skepticism»: *The Journal of Philosophy* 69, 754-769.

---

<sup>1</sup> El lector que quiera profundizar en las diferencias de planteamiento entre la postura de Moore y la de Husserl acerca de los temas aquí tratados, puede acudir al artículo de Pilar Fernández Beites en este mismo volumen.

- KÜNE, W. 1990. «The Nature of Acts: Moore on Husserl», en Bell, D. y Cooper, N. (eds.): *The Analytic Tradition.—Meaning, Thought and Knowledge*. Cambridge, MA: Blackwell, 104-115.
- MOORE, G. E. 1903a: «Review of F. Brentano: *The Origin and the Knowledge of Right and Wrong*»: *International Journal of Ethics* 14, 115-23.
- 1903b. «The Refutation of Idealism»: Moore, G. E. 1922. *Philosophical Studies*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- 1905. «The Nature and Reality of Objects of Perception»: Moore, G. E. 1922. *Philosophical Studies*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- 1909a. «The Subject Matter of Psychology»: *Proceedings of the Aristotelian Society* 10, 36-62.
- 1909b. «Hume's Philosophy»: Moore, G. E. 1922. *Philosophical Studies*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- 1910. «Review of Messer: *Empindung und Denken*», *Mind* 19, 395-409.
- 1919. «Some Judgements of Perception»: Moore, G. E. 1922. *Philosophical Studies*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- 1925. «A Defence of Common Sense»: Moore, G. E. 1959. *Philosophical Papers*. Londres: George Allen & Unwin.
- 1939. «Proof of an External World»: Moore, G. E. 1959. *Philosophical Papers*. Londres: George Allen & Unwin.
- 1959a. «Four Forms of Scepticism»: Moore, G. E. *Philosophical Papers*. Londres: George Allen & Unwin.
- 1959b. «Certainty»: Moore, G. E. *Philosophical Papers*. Londres: George Allen & Unwin.
- O'CONNOR, D. 1982. *The Metaphysics of G. E. Moore*. Dordrecht, Holland: Reidel Publishing Company.
- SCHILPP, P. A. (ed.) 1952: *The Philosophy of G. E. Moore*. Nueva York.
- STROLL, A. 1994. *Moore and Wittgenstein on Certainty*. Oxford: Oxford University Press.
- STROUD, B. 1984. *The Significance of Philosophical Skepticism*. Oxford: Clarendon Press.